

*
* *

Hay á veces, el amigo trasformado por completo por la influencia de la mujer.

Era un grosero, de gustos y formas ordinarias y una blanca mano lo ha modelado de nuevo, poco á poco; lo volveis á encontrar casi elegante, ligeramente perfumado, familiarizado con lo que antes odiaba y con el gran mundo, del que huía, desacostumbrado al vino, aficionado á la literatura, con la voz más suave y enamorado de su mujer que es para él una especie de institutriz, y á la cual se decide á presentaros despues de haber echado una ojeada á vuestro traje.

Algun otro, de familia pobre, que comía patatas por darle carrera, célebre entre los compañeros por el vacío absoluto y perpétuo de sus bolsillos, siempre callado, avergonzado de su miseria, se os presenta trasfigurado por una inesperada herencia que lo ha elevado de un salto desde las regiones del hambre á las de la opulencia.

Engordado por una buena mesa, se alegra del encuentro para enseñaros su caballeriza con la espresiva naturalidad del nuevo rico, no bien acostumbrado todavía á hacer los honores de su casa y ostentando una vistosa cadena de reloj, pero en el fondo es un buen hombre que volveis á ver con gusto, recordando cierto gaban oscuro que le sirvió siete inviernos.

Encontráis despues caras de difuntos, á las cuales no teneis necesidad de pedir cuenta de su pasado, y aunque se sonrian un momento al volveros á ver les costará trabajo no llorar cuando hablen de sí propios.

Han sido verdaderos sacos de desdichas.

La série de sus desgracias comenzó en el grado de licenciado que no lograron aprobar, desde entonces todo les ha salido mal; la carrera malograda, su mujer muerta, los hijos díscolos, reñidos con sus padres y la salud perdida: todo se le ha vuelto en contra.

Y vosotros permanecéis allí inmóviles y mudos, como delante de un monton de ruínas, buscando inútilmente una palabra de consuelo que no os parezca sarcástica ante tantos dolores.

Para estos todo ha concluido.

Se encuentran, en cambio, otros que no han comenzado nada todavía.

A los treinta y cinco años andan en busca de todo, de una profesion, de un amor, de una filosofía, de un sitio para vivir.

Viven en el aire, posados sobre un arbol como los pájaros, y tranquilos, sin embargo, sanos como manzanas, llenos de risueñas esperanzas como á los veinte años, no amargados por la experiencia dolorosa, porque no han penetrado el fondo de ninguna cosa, son grandes maestros en el género y gozan una felicidad que Dios les conserve.

Otros amigos, no ménos singulares, los encontrais en una gran ciudad; inmóviles años enteros en un empleillo en el cual han seguido como ape- gados.

Su vida ha tenido la regularidad de la marcha de un reloj.

El suceso principal de ella ha sido sustituir el cigarro por la pipa, por consejo del médico.

Viven retirados, con costumbres de viejos, contentos con tomar sus dos pastelillos al día, resignados con su suerte, benévolos con los antiguos amigos que vuelve á encontrar, tan privados de envidia como esperanzas y ocupados en el arte de la encajería, que recrea de las fatigas del trabajo y empleados desde hace diez años en hacer sonar un violín rebelde que es el consuelo de su vida.

Se encuentran otros que no han salido de la pequeña ciudad en que nacieron, los cuales, habiendo desaparecido las graves ambiciones que abrigaban en su mente, condenados á una oscuridad que aborrecen, han llegado á convertirse en bestias feroces; conceden patentes de animales á todo el mundo, hablan mal de todos los amigos que llegan á ser algo: se encolerizan desde el fondo de su soledad contra todas las prosperidades de los demás como si todas se hubiesen conseguido haciendo escabel de sus hombros, y pasan así su vida echando los hígados y mordiendo la cola.

Están amables con vosotros si estais por tierra como ellos, y soberbios como Luzbel si os habeis elevado, y ¡quién sabe si muchas enemistades inexplicables de gentes desconocidas las debeis á las villanías y calumnias que han vomitado contra vosotros desde hace quince años!

Otros, no se sabe cuándo ni porqué, han echado humos aristocráticos: hechos hombres, han sacado un pergamino que tenían escondido cuando estaban en las aulas y han hecho de él un título de nobleza.

Los dejasteis afables y los encontrais secos: os reciben con una cortesía enmohecida, os presentan en su círculo de amigos, todos á su imágen y semejanza entre los cuales estais con violencia; os hablan sin

expansion, afectan cierto descuido hacia todo lo que os concierne y hacen sonar en vuestros oídos, con vanidosa complacencia, mil famosos nombres que nada os importan: rechazan con disimulo toda tentativa vuestra de volver á la antigua familiaridad y acaban por dejaros en un estado de ánimo que fluctúa entre el resentimiento y la compasión.

Otros, que veáis envejecidos, los volvéis á encontrar retoñados en una segunda juventud hácia los treinta años; de repente se ha revelado en ellos intempestivamente un corazón nuevo que los ha empujado á la vida del galanteo,—el amor los ha atraído tarde; pero por completo.

Se han vuelto por dentro y han empezado á vivir de nuevo, cambiando de amigos, de costumbres y de trajes; se figuran que vuelven á tener veinte años y mariposas infatigables de salones y de teatros corren locos, en pos de los placeres, excitados por una especie de vértigo de imaginación que les hace no respirar más que para la mujer.

Os reciben con cortesía, pero sin cariño y distraídamente, sois demasiado viejos para ellos y desentonaís en el círculo de Narcisos enamorados que hacen la vida de jóvenes teniendo sus cabellos teñidos y rizados por el peluquero.

*
* *

Encontráis, después otros que en veinte años han pasado por media docena de profesiones y se han asimilado algo de todas: han tomado el aire militar en el ejército, la charla insustancial en la ocupación de comisionista viajante; cierto barniz de instrucción en el cargo de bibliotecario; hacen juegos de prestidigitación; llevan las cuentas de varias casas; enseñan esgrima y han escrito un folleto sobre *agricultura*.

Os reciben con grandes fiestas, con mucho ruido, os presentan, en pocas horas á veinte amigos de las más diversas clases sociales, os calientan la cabeza con su charla y os separáis de ellos contentos de haber vuelto á ver un amigo cordial y alegre, aunque algo inquietos con la duda de si será un hombre afable ó un tunante.

Al más travieso del instituto lo encontráis convertido en grave concejal del Ayuntamiento, un modelo de funcionario público enfatuado con su cargo y el

cual os explica, durante seis largas horas con una cruel profusion de detalles; todos los ramos administrativos del Municipio, y os obliga á visitar todos los locales, los fosos todos y todos los montones de piedra, lo que han dado que decir y que hacer, sin dejaros un momento de tregua.

Volveis á encontrar tambien al amigo hecho pensador, dedicado á una especie de perturbacion del entendimiento, el cual se ha creado una filosofía particular para él, fundada en los accidentes de su propia vida y en algun parcial desconcierto de su cerebro; gran expositor de teorías abstrusas y demoledoras que él solo entiende, poseido de un orgullo inocente que se delata en sonrisas y en reticencias misteriosas, encaminadas á dar una gran idea de su nebulosa conciencia en la cual vive y se consuela de todo.

Encontrais, en fin, al amigo que era de naturaleza recelosa y fría y que ahora os recibe con cariñosa cortesía que os admira y os repite cien veces las mismas expresiones de benevolencia, tartamudeando un poco y pronunciando frases entrecortadas con una mirada fija y centellante en la cual leéis en seguida, con el frio del espanto las consecuencias de la embriaguez.

*
*
*

Y ¡cuántos secretos nos revelan todas aquellas cosas que vemos de pasada en las varias ciudades donde hemos vuelto á encontrar amigos!

Pequeñas habitaciones oscuras y tristes que dan á entender una vida de privaciones, ángulos vacíos, aquí y allá, que esperan los muebles indispensables, para adquirir los cuales se aguarda un aumento de fondos, casas bien puestas, donde el amigo nos lleva á dar vueltas inútiles, con fingido descuido, para hacernos tocar los tapices y entrever las colgaduras de seda; casas modestas, pero arregladas y limpias, que nos recuerdan los blanquísimos cuadernos y la irreprochable caligrafía de nuestro compañero de colegio, hotelitos elegantes llenos de fotografías de mujeres, ante las cuales el amigo solteron despues de una alegre jornada, apoderado de repentina melancolía, nos confiesa que está aburrido en su soledad y nos cuenta, con voz conmovida, larga historia de un casamiento frustrado; pobres casuchas en

un quinto piso, donde el amigo poeta nos hace traer un manuscrito de 300 páginas, el cual no acusa sino un progreso deplorablemente dudoso, sobre el que nos legó veinte años hace...

Aquí y allá volvemos á encontrar algun viejo pergamino amarillento que nos arranca un grito de admiracion, retratos de ancianos que recordamos vagamente haber encontrado en las escaleras del colegio hace un siglo, con direccion al despacho del Secretario para pedir informes de su hijo; algunos muebles destrozados que nos recuerdan la habitacion de otra casa en la que hemos pasado muchas tardes repasando lecciones de historia patria con nuestro amigo en mangas de camisa.

Y si las casas nos dicen tanto, las hijas de los dueños nos dicen todo.

Ciertos ojos que vemos pasar por una puerta entreabierta, trae á la memoria ciertas precoces arrugas del semblante que poco há habíamos visto. En una casa vemos vibrar aun el último chispazo del amor; en otra nos acordamos en seguida de dos miradas cogidas al vuelo y de dos monosílabos secos, apenas oídos, que rompieron de un golpe el hilo eléctrico que hacía latir juntos dos corazones.

Alguna vez se nos escapa una íntima exclamacion de estupor al ver comparecer al ama de llaves: la

veíamos ir á la escuela todos los días, con los libros debajo del brazo, seguida á pié, á lo lejos, por el amigo que llevaba los libros á la espalda; al cabo de diez años, fiel como un perro, ha ido á buscar á su primer amor de chiquillo, al cual servimos muchas veces de amanuense para sus cartas.

*
* * *

¡Ah! si en la calle habeis estado fríos con el amigo, ¡cómo se cambia vuestro sentimiento hacia él al verlo allí, entre sus hijos, en medio de los restos de su hogar paterno y de los recuerdos de sus muertos, en aquellas habitaciones donde esconde sus dolores, donde acaso perderá á un niño, donde morirá quizás él mismo, entre aquellas paredes, aquellos objetos, aquellos secretos, aquellas caricias, que constituyen un todo tan solemne y tan frágil, tan dulce y tan horrible!

¡Cómo parece que se acerca aquel tiempo que pasamos juntos, sentados á una mesa preparada de cualquier modo, en medio de aquel bello desórden, comidas improvisadas de familia, mirando á cada instante el reloj para no perder el último tren! A los postres, un tanto excitados por el exceso del vino, el amigo repite los gritos de admiracion y de placer del primer encuentro y vuelve á hacer un resúmen del pasado, dándonos noticia de unos

cuantos antiguos amigos, de los que no sabíamos nada.

Pero, entónces, no se lamentan de su perdida juventud.

Tambien la edad madura tiene sus ventajas, ¿no es verdad?

Tiene en mejor órden sus bienes que á los veinte años. la familia constituye una grave preocupacion, pero al mismo tiempo un gran consuelo, por más que se diga, y despues, la imaginacion más tranquila, el amor al trabajo, el gusto de ver las cosas en sus naturales límites, el estar en los secretos de bastidores del teatro del mundo; la satisfaccion de haber aprendido á vivir y de sentirse aguerrido y dispuesto para todas las pruebas.

Luego empiezan los fragmentos de la crónica de la familia, relaciones de las enfermedades de los niños, historias de los pleitos con los parientes, los inconvenientes de la profesion, reconvencciones contra el gobierno, y, á veces, el balance financiero de la familia, declarado allí, sin reservas, á despecho de la mirada severa de la señora.

Y en aquel desahogo de confianza en las que el alma se enseña desnuda, ¡cuántos rasgos reaparecen del antiguo muchacho, que habían quedado velados hasta entónces!

Tendencias que llegaron á ser pasiones; defectos que degeneraron en dolencias; tumores que se convirtieron en jorobas.

Y ¡cómo asoma la sonrisa á los labios cuando el amigo, exaltado por la misma conversacion, nos tiende la mano sobre la mesa, exclamando:

—¡Nosotros siempre los mismos!

*
* * *

Es verdad. Las inteligencias se pueden haber ensanchado ó enriquecido, las maneras haberse hecho más delicadas y más correcto el lenguaje; pero las almas, en el fondo, han quedado inmutables, la fisonomía moral no ha sufrido cambios ni rectificaciones.

Bajo las nuevas apariencias reconocéis pronto al ingénuo, al maligno, al vanidoso, al descuidado, al embustero, al grosero antiguo.

Y si han sufrido cambios, han sido cambios necesarios, impuestos por la fuerza de las cosas, efectos inevitables de accidentes exteriores; no hay uno que sea efecto de la voluntad, consecuencia de una de aquellas luchas que sostenemos para mejorarnos á nosotros mismos y que hemos soñado todos en la vehemencia de la juventud.

Todos se han dejado ir por la pendiente de la propia naturaleza.

Algunos al volver á ver á un amigo despues de

muehos años, tratan de ocultarle los defectos y las debilidades que dominándoles en la adolescencia ó en la juventud, eran ocasion de la burla ó del menosprecio, se ingenian por aparecer como un hombre nuevo. Pero la ficcion es muy difícil; despues de un breve esfuerzo, se hacen traicion á sí propios; la antigua naturaleza se revela pronto por cien partes, y entonces se resignan á dejar caer la maldita careta, algo avergonzados, en verdad, de la puerilidad de su intento. ¡Cuántos cómicos atavíos toma la vanidad, y á cuantos recursos raros acuden en semejantes ocasiones.

Casi todos gustan de mostrarnos que han dado un gran paso hácia adelante, en cualquiera direccion y que no han gastado su vida sin obtener alguna ganancia.

Uno espresa tener un gran concepto de sí, sin explicar la causa, y se revuelve en un fingido orgullo que nos hace suponer debe fundarlo en algo.

Otro, conociendo su superficial ligereza, para hacernos creer que ha cambiado, se hace un lio refrescando la expresion de sus sentimientos, pensando las palabras, reprimiendo la sonrisa y queriendo tomar una fisonomía que no es la suya.

Hay quien quiere aparecer que ha adquirido una profunda cultura mientras no le hemos visto, y trata

todos los asuntos con frases pretenciosas é hinchadas que no dan lugar á réplica, callando á tiempo para aparentar que tendría mucho que decir sobre el particular, y dando á entender que está mareado por la inmensidad de cosas que tiene en su alma.

Algunos, no pudiendo vanagloriarse de su actual estado, pretenden hacernos comprender que ha apurado ya los goces de la vida, que ha vaciado la copa de los placeres, que está harto de todo y que no haría el menor esfuerzo ni por obtener una corona de emperador; por mucho que le digais sobre vuestra suerte en el mundo, se quedará tan indiferente como una estatua de piedra.

Hay quien quiere aparecer ante nosotros como un personaje que se ha hecho importante en su pueblo; acompañándoos por la calle saluda á todo el mundo; tiene las haciendas á granel; os deja por un asunto urgente, segun dice. y se va á su casa á dormir la siesta; da cierto colorido de importancia en vuestra presencia á todas las conversaciones que tiene con los amigos; y por la noche os lleva al teatro para que lo veais hacer visitas en todos los palcos, desde los cuales os mira furtivamente para estar seguro de que lo observais.

Hay tambien quien tiene la pretension de hacerse aparecer enriquecido y pródigo, y contrae una deu-

da vergonzosa para daros una comida de banquero.

Os pasea todo el día en coche, que no paga, os invita á quintas que no tiene, os habla con cierto aire de benévola compasión de los tiempos pasados, cuando se encontraba en la pobreza y después de haberos dejado en el tren y de despediros con aires de protección, se pasa tres meses sin un cuarto.

Hay, en fin; quien no pudiendo hacer otra cosa, os da á entender que ha conseguido el colmo de la felicidad en la familia; su mujer es un ángel del cual no se cree digno; sus hijos son un milagro de talento y de bondad, su vida doméstica es un paraíso; y os lleva á su casa para haceros asistir á un idilio algo artificioso y á veces un tanto violento que hace ruborizarse á la señora.

¡Cuánta simpleza!

*
* *

Con la mayor parte de los amigos que se encuentran después de larga ausencia, quisiéramos estar más tiempo, pero es mejor dejarlos muy pronto llevando intacta la impresión agradable del primer recibimiento.

No hay que forzar las cosas. Casi siempre, aun los mejores, han cambiado de la manera siguiente: En el agasajo con que os han recibido, tenía mucha parte la novedad y el placer de ver interrumpida de un modo cualquiera, la monotonía de su vida ordinaria.

Al día siguiente, pasada la novedad, no pueden ya tener la misma vivacidad en sus demostraciones amables y están más secos con vosotros; casi se arrepienten de haber sido demasiado expansivos como sucede después de una borrachera, y os tratan con una forzada cortesía, con el semblante frío y la voz débil, fastidiados de haber hecho alteración en sus costum-

bres, impacientes por veros marchar en el primer tren.

Creáis poder reanudar la antigua amistad. ¡Cál! No había con qué reanudarla durante veinticuatro horas.

El amigo suspira ya por volver entre sus compañeros diarios, á seguir sus acostumbradas conversaciones; á veces, volviendos de pronto, cogéis al vuelo una mirada suya, que expresa una cosa bien distinta de la simpatía, ó un gran bostezo que no tiene tiempo de contener; ó mirando de soslayo, mientras saluda á otros amigos que pasan, sorprendéis un gesto de víctima que quiere decir:

—Todavía lo tengo sobre mis costillas.

En aquellas últimas horas os hacéis pesado el uno para el otro y despues de haberos hecho muchas caricias al encontraros, como dos hermanos, os separais con sonrisas forzadas y miradas maliciosas.

*
* *

Pero hay tambien, por fortuna, amigos con los cuales no son posibles estas mudanzas del corazon. Despues de veinte años, aún en las primeras conversaciones, nos volvemos á encontrar en armonía de sentimientos y de opiniones, descubrimos recíprocamente en nuestro pasado una analogía tan singular de hechos, de pasiones, de crisis del ánimo, que nos vuelven á unir de pronto, como por cien hilos sutísimos que nos envuelven y nos atan rapidísimamente.

Estos olvidan amigos, ocupaciones, familia, todo, por nosotros, poseidos de una exaltacion de cariño, de una alegría juvenil que los hace infinitamente amables.

Días enteros, en los cuales se pascan cien veces las mismas alamedas solitarias, fuera de la ciudad olvidada, no bastan para decírnoslo todo; la conversacion dura hasta altas horas de la noche, se prolonga sobre la meseta de la escalera de la fonda, se con-

tinúa en la puerta del cuarto, íntima, calurosa, conmovida, llena de poesía y de placer, y nos deja tranquilos con el corazón ensanchado, rejuvenecido el sentimiento de la amistad, y refrescada la sangre.

Y conservan la misma sinceridad de sonrisa hasta última hora y es una tristeza dejarlos.

En medio de la apiñada multitud de las estaciones, por la noche, tarde, os pasan por la mente todas las desgracias que pueden ocurrir; quizá no los vereis más ó lo volveréis á ver despues de otros veinte años.

El amigo se pega á la portezuela de vuestro vagón con el corazón encogido; os aprieta la mano hasta el último momento; os envía un sofocado saludo cuando el tren está ya en movimiento; os hace una seña desde lejos que será quizá la última que vereis de él y adios.

Son momentos tristes y hermosos que no se olvidan nunca y que nos dejan mucho consuelo en la vida.

*
* * *

La experiencia sin duda nos hace desconfiados. Despues de haber corrido al encuentro de muchos amigos que nos han recibido con frialdad, nos hacemos circunspectos.

Pero un hombre que tenga alma en el cuerpo se decidirá siempre á dar el primer paso, se someterá voluntariamente, si es preciso, á hacer un pequeño sacrificio de amor propio para no perder una ocasion oportuna de estudiar el corazón humano.

Se acaba por hallar, para salir al encuentro de los amigos, una forma entre natural y circunspecta, que deja expedito el camino para una retirada honrosa. Si el amigo es franco y cordial, bueno; si es un pedazo de madera, se le deja en depósito filosóficamente, en el mismo metro cuadrado de la calle donde se ha tenido el honor de detenerlo; y si reclama su parte, se le deja declamar sobre una mesa anatómica, sobre la cual lo disecaremos á nuestro gusto.

En la mayor parte de los casos, más se gana que se pierde.

¡Y quién sabe cuántas de estas sorpresas en la calle nos reserva la casualidad! Quién sabe cuántos curiosos encuentros de final de drama nos esperan. Ya viejos chochos, en viaje, no nos daremos á conocer sino despues de muchas preguntas y de una rigurosa confrontacion de fechas; qué extrañas autobiografías tragi-cómicas que comprenderán medio siglo; qué encuentros imprevistos de hijos de amigos muertos; qué trasformaciones increíbles de situaciones en la vida!

Pues bien; hé aquí uno de tantos pequeños goces de la imaginacion, que nos ayudan á vivir.

*
* *

Pero la imaginacion se complace todavía más en otro pensamiento: en buscar el tiempo y la forma, cuando este deseo nos ocurre de sorprender, llegando inesperados, como areolitos, á los amigos ausentes, de los que conservamos grata memoria y de quienes estamos seguros de ser queridos.

¿Quién no ha experimentado alguna vez en su vida este placer exquisito de llegar una mañana temprano á una ciudad que se despierta y correr en seguida á una casa en la que se está seguro de volver á ver despues de largos años de separacion á uno que no se atreverá á dar crédito á sus ojos al veros y exhalará un grito de alegría?

Se suben las escaleras poco á poco, sonriendo, temiendo casi ser reconocidos á través de las paredes, se lee aquel nombre sobre una puerta, se da un nombre falso al que nos abre, se entra de puntillas en la sala, se escucha por la cerradura de la puerta para oír el recado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"ALFONSO PÉREZ"
Año. 1935 MONTERREY, MEXICO

El bribon está todavía en la cama.

Desde ella, y medio dormido, pregunta las señas del desconocido importuno: su voz es aquella: su amor al orden es tambien siempre el mismo á lo que parece, porque no encuentra nada de lo que busca y revuelve el cuarto, murmurando.

Regaña, regaña; ya encontrarás quien te disipe el mal humor.

Finalmente, en seguida, separa bruscamente el portier y permanece mirándonos fijamente.

.Habíamos calculado bien que se quedaría hecha una pieza.

Nos mira despacio; vamos á su encuentro.

Se lleva la mano á la cabeza; quiere recordar las sílabas de nuestro nombre...

¡Ah! da el gran grito salido del fondo del alma. Hélo aquí, apretado, estrechado en nuestros brazos, con una risa que parece un sollozo y balbuceante como un niño, nuestro buen amigo, nuestro antiguo camarada que no ha cambiado de corazón!



LAS AMIGAS

